

Montoneros: interrogantes abiertos casi veinte años después

*Julieta Bartoletti**

Resumen

El artículo propone un estado de la cuestión sobre Montoneros a partir del análisis en profundidad de Gillespie (1987), Sigal y Verón (1986), Ollier (2005), Moyano (1995), Lanusse (2005) y Donatello (2010). Dado que la mayor parte de los trabajos recientes abordan iniciativas locales o provinciales y aspectos o problemáticas puntuales, nos parece fundamental revisar las interpretaciones más generales, referidas a la organización en su conjunto, en las que pueden enmarcarse estos aportes.

El artículo analiza las diferentes imágenes e interpretaciones generales para explicitar sus discusiones y acuerdos así como señalar los interrogantes aún abiertos. Sintéticamente, si bien en relación al tema de los orígenes la investigación parece haber hallado respuestas satisfactorias, no ocurre lo mismo con la identidad peronista de Montoneros —en particular su capacidad de inserción en el movimiento peronista entre 1970 y 1973— y con el llamado proceso de “militarización” posterior.

Palabras clave: montoneros – estado de la cuestión – orígenes – identidad peronista – “militarización”.

Abstract

The article proposes a state of the question Montoneros from in-depth analysis of Gillespie (1987), Sigal y Verón (1986), Ollier (2005), Moyano (1995), Lanusse (2005) y Donatello (2010).

* Becaria Conicet. Docente de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

Código de referato: SP.120.XXII/11.

STUDIA POLITICÆ



Número 22 ~ primavera/verano 2010/2011.

Publicada por la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales,
de la Universidad Católica de Córdoba, Córdoba, República Argentina.

Since most of the recent work address local and provincial initiatives and specific issues or problems, it seems essential to review the broader interpretation, referring to the organization as a whole, in which these contributions can be framed.

The article analyzes the different images and interpretations to explain general discussions and agreements and to identify the still opened questions. Synthetically, although in relation to the issue of origins research seems to have found satisfactory answers, is not the case with Montoneros Peronist identity, in particular its capacity to enter the Peronist movement between 1970 and 1973 - and the so-called process of “militarization”.

Key words: Montoneros – state of affairs – origins – peronist identity – “militarization”.

Introducción

CASI a veinte años del trabajo pionero de Gillespie (su primera edición en inglés es de 1981), el protagonismo y el carácter aún hoy polémico y conflictivo de esta organización hacen que prácticamente todos los trabajos, académicos y no académicos, que abordan el período desde las problemáticas y perspectivas más disímiles, planteen interpretaciones y caracterizaciones propias.

Esto hace particularmente difícil recortar un corpus manejable de literatura a la hora de encarar algo tan básico para una investigación como “conocer lo que han dicho sobre el tema los demás estudiosos” (Eco, 1986: 20).

En nuestro caso hemos optado por una selección, inevitablemente parcial como todas, a partir de dos criterios. Primero, trabajos que denominamos “académicos”, regidos por normas cuyo fin es hacer verificables o refutables las afirmaciones que contienen.¹ Segundo, trabajos que involucren explicaciones de la trayectoria de Montoneros en su conjunto y que, por lo tanto, realicen un análisis sistemático de bibliografía y/o fuentes primarias relativas a esta organización.

Este último criterio podría parecer especialmente problemático, dado que implica excluir la mayor parte de los trabajos recientes. Entran en esta lista

¹ Esto implica adherir a algo hoy en día bastante polémico: una pretensión de cientificidad. No supone, bajo ningún punto de vista, descalificar o desconocer la validez e importancia de los trabajos que denominamos testimoniales, regidos por otro registro de verdad, que es la propia experiencia de sus autores. Pero partimos de la premisa de que es posible y deseable analizar dicha subjetividad como algo históricamente construido, así como desentrañar los procesos sociales que la condicionan y sobre los cuales actúa.

los trabajos publicados sobre iniciativas como Noticias (Esquivada, 2004) y la JTP (Lorenz, 2007), así como las numerosas investigaciones en curso sobre organizaciones territoriales en localidades específicas (Robles sobre La Plata; Salcedo sobre Moreno; Luna, Gómez, Verdún y Berezan sobre Luján; Rodríguez y Hendel sobre Misiones), así como dedicadas a reconstruir determinados debates y conflictos que atravesaron a la organización (Salas respecto de la noción de “vanguardia”, Weisz la de “partido”, Montero y Seminara sobre las escisiones).

Sin embargo, consideramos que para abordar las problemáticas planteadas por estos trabajos de manera fructífera es indispensable contar con ciertos consensos en torno a las grandes líneas interpretativas referidas a la organización como un todo.

Y, en este sentido, no sólo contamos con una lista de trabajos disponibles bastante más acotada (Gillespie, Sigal y Verón, Ollier, Moyano, Lanusse y Donatello), sino que entre ellos existen interpretaciones diferentes y a la vez contradictorias que nos hablan claramente de preguntas aún abiertas.

Por esto nos proponemos en este “estado de la cuestión” regresar a las imágenes e interpretaciones generales propuestas por estos trabajos, tanto para confrontarlas entre sí (explicitando las diferentes interpretaciones) como para ver cuáles son los interrogantes más generales a los que podrían aportar los hallazgos e interpretaciones de las investigaciones en curso.

1. Los “clásicos” de los 80s: imágenes dominantes e interpretaciones contradictorias

1.1. Gillespie (1981/1987)

El trabajo de Richard Gillespie *Soldados de Perón, los Montoneros* es hasta hoy el único que aborda exclusiva e íntegramente la trayectoria de Montoneros. Elaborado a partir de visitas del autor de nacionalidad inglesa a la Argentina en 1975-76 y editado por primera vez en inglés en 1981, se trata de un trabajo enmarcado en los años 70s tanto por sus interrogantes como por sus premisas teóricas.

Respecto de los primeros, el prólogo a la edición original del libro plantea como meta un estudio crítico de la guerra de guerrillas urbana capaz de identificar tanto su potencial como sus limitaciones. Con relación a las premisas teóricas, estas son las de un marxismo clásico, cuyas claves explicativas se encuentran, en última instancia, en la estructura económico-social.

El argumento puede sintetizarse en tres ejes: origen, éxito y fracaso de los Montoneros. Sintéticamente, para el autor, en un país con una amplia y fuerte clase media, la estrategia de guerrilla urbana alcanza un importante desarrollo, llegando los Montoneros a ser un movimiento nacionalista radical con una impresionante capacidad para movilizar apoyo político. Sin embargo, su origen de clase impide, en primer lugar, comprender adecuadamente al movimiento peronista; y, en segundo lugar, arraigarse en la clase obrera.

En la explicación de los orígenes pueden distinguirse dos aspectos: por una parte analiza el proceso por el cual surge después de 1955 una “izquierda peronista” (IP); por otro, indaga los orígenes de Montoneros, como una de las organizaciones de ese espacio político.

La proscripción y el “efecto revulsivo” del control del movimiento logrado por los sectores “conciliadores”, la Revolución Cubana y las palabras y actitudes del propio Perón; son las claves del proceso de convergencia entre sectores del movimiento peronista que se radicalizan y jóvenes de clase media provenientes del nacionalismo católico y de la derecha que se “peronizan”.

En la IP nacida de esta convergencia, y en parte a causa de ella, se irían diferenciando progresivamente dos sectores: el “movimientista” y el “revolucionario”. Mientras la corriente “revolucionaria” advertía que el apoyo de Perón era circunstancial y que no estaba verdaderamente identificado con objetivos revolucionarios; la “movimientista”, integrada por los mencionados sectores peronizados de clase media y por ende con menor experiencia y conocimiento del peronismo, creía sinceramente en el “revolucionarismo” de Perón.

De todas formas, la posición de los “revolucionarios” era compleja, ya que reconocían el carácter de símbolo insustituible para las masas peronistas de Perón, por lo cual optaban por guardar silencio respecto de su figura y se limitaban a abogar por la necesidad de crear una “alternativa independiente de la clase obrera”, es decir organizaciones “de base” independientes de las estructuras formales del movimiento (1987: 70-72).

Ajeno a estas contradicciones por su discurso de total identificación con Perón, y más partidaria de las alianzas de clases que del clasismo, la corriente “movimientista” era mayoritaria y, hacia 1973, se encolumna detrás de las banderas de Montoneros.

Con respecto a la génesis de esta organización, el análisis de Gillespie afirma que se trata de sectores peronizados que provenían de una evolución interna del nacionalismo y el catolicismo argentinos. Esto era determinante

en dos rasgos que distinguen a la organización: del nacionalismo proveniría “la tendencia a la acción directa” y del catolicismo una actitud escatológica, de glorificación de los militantes que habían sacrificado su vida (1987: 73, 85).

Ambos rasgos, a su vez, convergerían para explicar que en los primeros montoneros “su deseo de acción era más fuerte que su motivación ideológica”, y en la mayor importancia dada “a la estrategia y el método que [a] las definiciones políticas e ideológicas” (1987: 74, 79, 85).

El discurso resultante extremaría los rasgos de la corriente “movimientista” de la IP: total aceptación de la “mitología peronista”; fe en el “revolucionarismo” de Perón; y definición del peronismo como “una alianza de clases revolucionaria cuyas metas estaban en la liberación nacional y la revolución social” (1987: 164, 72, 136, 103, 99).

Este discurso carecería de profundidad y fundamento teórico, pero poseería una gran “legitimidad histórica” por estar impregnado de “los mitos populares dominantes y de las ilusiones e ideas erróneas de la época”, lo que explicaría el encolumnamiento detrás de Montoneros de la más importante organización de masas de la IP: la Juventud Peronista.

Ciertas decisiones concretas serían claves en este “éxito”, es decir la transformación de un pequeño grupo guerrillero clandestino integrado por 12 personas en un “movimiento nacionalista radical” de miles: la afortunada elección del nombre y de los objetivos de su accionar, su discurso de carácter dicotómico y, por ende, sencillo y atractivo, la cuidadosa propaganda armada del período y la decisión de apoyar y participar activamente de la campaña electoral (1987: 154, 132, 142-145).

Para Gillespie la visión “ingenua” que los Montoneros tenían del peronismo y de Perón (revolucionarios), y de sí mismos (“no eran estrategias políticas”, sino “soldados de Perón”) explicaría también el fracaso (1987: 115).

La estrategia adoptada por la organización a partir de estas premisas (“movimientistas”) “consistía en operar a través del Movimiento (...) conquistando el mayor terreno político posible”. El problema habría sido que ese avance suponía “una purga de los burócratas y traidores” y el “rejuvenecimiento generacional” del movimiento, y que estos eran “pasos que ellos podían reclamar, pero no conseguir por cuenta propia”. Así, no desarrollan “una estrategia independiente para lograr el poder”, dependiendo “de que Perón y su movimiento fueran verdaderamente revolucionarios” (1987: 161).

Sin embargo, Perón no sólo no era un revolucionario sino que su apoyo a la IP se habría basado en la convicción de que era imposible que los trabajadores se sumaran a las filas de los guerrilleros. Por esto, cuando a partir de

su regreso constató que no podía “domesticarlos”, se habría propuesto “echar a la izquierda de su Movimiento” (1987: 173, 198).

A partir de este “giro” de Perón los Montoneros quedarían sin estrategia propia y su comportamiento político se haría “vacilante”. Para Gillespie esto reflejaba un claro dilema político: que los Montoneros querían algo imposible, “ser leales, aunque críticos”. Así, por una parte, buscarían “una acomodación con el gobierno”, apoyando diversas iniciativas que contradecían claramente la naturaleza revolucionaria que le atribuían. Por otra parte, querrían demostrar (y así presionar al gobierno) su fuerza con movilizaciones masivas (1987: 177-180).

Dado que esas manifestaciones no lograban su objetivo, la situación era insostenible y progresivamente irían incrementando sus declaraciones críticas hasta el “inevitable” enfrentamiento del 1ro de mayo. De todas formas, la muerte de Perón habría impedido, poco después, el abandono de sus “ilusiones” respecto del líder (1987: 189).

Además de su “ingenuidad” y del inevitable fracaso de su estrategia “movimientista”, Montoneros habría adolecido de otras dos grandes debilidades: el carácter elitista y autoritario de la organización y su incapacidad de lograr apoyo en sindicatos económicamente poderosos. Estas impedirían que sus demostraciones de fuerza incidieran en la decisión de Perón de echarlos de su movimiento, transformándolas en un mero “exhibicionismo”.

La estructura organizativa se caracterizaría por su fuerte verticalismo (sistema de mando vertical-autoritario) y por la falta de democracia interna. Además de llevar a las fracturas internas, ya que todo desacuerdo era rechazado, esto supondría una fuerte escisión, una brecha, entre las organizaciones de masas (movilizadas por medio de consignas) y los “cuadros” de la organización (que recibían una formación política y militar) (1987: 181-184).

Así, para Gillespie, “la adhesión a las organizaciones pro-montoneras expresaba a menudo un deseo de cambio, pero un cambio que parecía confuso y desarticulado, y que así permanecía”. Por lo tanto, “las grandes multitudes que (...) solían movilizar no podían equipararse legítimamente con el apoyo numérico para un proyecto político revolucionario.”²

² Los militantes de las organizaciones de masas “eran movilizados mediante consignas y por la expresión de posturas políticas específicas que, por lo general, no estaban vinculadas con ningún proyecto global de transformación de la sociedad; y también mediante el atractivo emocional de las concentraciones y marchas de los Montoneros con su colorido, sus cantos, su redoble de tambores, su exuberancia, su sentido de la

Este tipo de estructura, caracterizada por “las estructuras burocrático-autoritarias y los procedimientos elitistas, sería en realidad característica de todas las organizaciones armadas (1987: 115-118).

Sin embargo, en el caso de Montoneros se acentuaría porque se veían a sí mismos como “soldados” y no “estrategas”. Para caracterizar la concepción que tenían los Montoneros de la organización el autor recurre a la noción de “aparatismo”, que significaría la equiparación entre “la expansión del aparato militar y político” con el éxito (1987: 115, 173).

De todas formas, para Gillespie, aun más grave y determinante que el fracaso era la falta de arraigo en los sindicatos más poderosos, que se debía a su origen “elitista”: “las guerrillas urbanas eran una iniciativa procedente ‘de arriba’ (...) y no la respuesta a una amplia exigencia popular” (1987: 87).³

Si bien a fines de 1972, con su vuelco a la campaña política, Montoneros logra superar su “cuarentena social”, “su repudio constante de los líderes sindicales” expresaba las diferencias de clase que disminuían su atractivo ante los obreros (1987: 155).⁴

Cabe destacar, para terminar este análisis del trabajo de Gillespie, que el autor distingue esta fase de “comportamiento vacilante” de la que se inicia a fines de 1974, a partir del pasaje a la clandestinidad. Esta se caracterizaría por una dinámica de “acción” y “reacción” en el enfrentamiento con el Estado y las fuerzas paramilitares que conduciría a un creciente aislamiento.

La decisión de regresar a la clandestinidad obedecería a la intensificación de la represión legal y paramilitar que, comenzando en noviembre de

fuerza y de la solidaridad y su extrema arrogancia.”. “Solo los jóvenes peronistas visiblemente capaces eran escogidos para el adiestramiento especializado político y militar que se les daba a fin de prepararlos para su incorporación a Montoneros” (1987: 173-74).

³ Gillespie destaca que si bien las “exigencias de seguridad” suponían “el anonimato y el aislamiento”, y eran un obstáculo importante para el reclutamiento de obreros que debían su sustento al trabajo cotidiano, mucho más importantes serían las diferencias de clase, ya que el obstáculo se originaba en la elección de una estrategia de lucha armada, y remitía por ende a la composición de clase de Montoneros.

⁴ Nuevamente el autor destaca aspectos dilemáticos de la posición de Montoneros. Por una parte, su estrategia de lucha armada era considerada ajena a su experiencia, luchas y necesidades por la mayoría de los obreros desde posturas “reformistas”. Por otra parte, su subordinación de la lucha de clases a las luchas popular-nacionales, era rechazado por la “minoría cordobesa”, decididamente clasista.

1973, llegaría a su máxima intensidad luego de la muerte de Perón. A su vez, tendría como consecuencia la especialización y escisión de las estructuras militares y políticas, el choque cada vez más frecuente entre los criterios militares y los políticos, y el progresivo predominio de los primeros (1987: 221, 248).

Desde este momento, las acciones de Montoneros perderían su capacidad para generar simpatías entre la población. La política de “ajusticiamiento” de líderes sindicales no es compartida por la mayoría de la clase obrera; la venganza contra figuras vinculadas a la Triple A, si bien podría haber despertado mayores simpatías, habría requerido una amplia difusión de quiénes eran y por qué se los “ejecutaba”, y esto era cada vez menos factible dada la censura imperante y la “escalada” de violencia involucrada en la mencionada dinámica de “acción” y “reacción” (1987: 209-210, 232).

Es importante destacar que esta “dinámica” no implica para el autor una equiparación entre la violencia de derecha, que es terrorista desde el inicio, y la actividad guerrillera, que en todo caso sufre una transformación paulatina por la cual ya casi frente al golpe, adquiere rasgos terroristas. En la misma línea, Gillespie destaca que el surgimiento de la violencia paramilitar no puede considerarse una respuesta al “militarismo” de la izquierda, ya que sus principales víctimas se destacaban por buscar desarrollar políticamente (por medios políticos legales) a la izquierda, así como aquellos que defendían los derechos democráticos.⁵

De manera similar, con relación al golpe de 1976, destaca que “los guerrilleros habían ayudado y no poco a generar aquel estado de cosas, pero no debían considerarse exclusivamente responsables de él”, ya que la crisis económica, la política de M. de Hoz respaldada por el FMI, la respuesta combativa del Movimiento Obrero “favorecieron (...) un autoritarismo draconiano con independencia de la supuesta amenaza guerrillera” (1987: 281-82).

En síntesis, Gillespie explica sucesivamente el origen, el éxito y el fracaso de la organización en términos que suponen una fuerte inevitabilidad del resultado final. De manera esquemática, a partir de su origen de clase e ideológico, Montoneros poseería ciertas características distintivas que, en un primer momento aseguran el éxito, pero que luego de determinadas

⁵ El “terrorismo” no busca generar adhesión política sino en todo caso obediencia, promoviendo el terror en la población, para lo cual usa la violencia de forma indiscriminada, dirigida a la población civil y no respeta las convenciones de guerra (Gillespie, 1987: 185)

transformaciones en el contexto inicial, se convierten en causas del fracaso.⁶

Podría afirmarse que, si bien el contenido del argumento se ve radicalmente modificado en los aportes de Sigal y Verón y de Ollier, la forma del mismo tiene una notable similitud, ya que en ambos casos, los autores identifican ciertos rasgos propios de la organización que determinan su devenir posterior.

1.2. Sigal y Verón (1986)

El trabajo de Silvia Sigal y Eliseo Verón *Perón o muerte, Las estrategias discursivas del fenómeno peronista* plantea un objetivo bien diferente del de Gillespie: se propone comprender la “explosión de violencia” de 1974-1976, a partir del análisis del “proceso político que culminó en el tercer gobierno peronista de 1973-1976 y en particular el papel jugado por la llamada ‘izquierda peronista’, a través de la juventud y del movimiento Montoneros”, entendiéndose que todo esto “preparó, en fin, las condiciones que hicieron posible el primer genocidio de la historia política argentina” (1986: 12, 17).

También su marco teórico es muy distinto: Sigal y Verón proponen analizar la violencia política como “una especie de discurso” que debe entenderse a partir de una determinada “matriz de significado”, de un “campo imaginario” de los actores que permite explicar sus acciones (idem: 12-13).

Siguiendo a Touraine, quien señala que las “sociedades dependientes se caracterizan por una gran autonomía del mundo político respecto del mundo social, y de la esfera ideológica respecto del campo político”⁷; proponen que en este período los “conflictos” y “alianzas” entre “industriales, terratenientes y obreros”, son simultáneos pero independientes de los conflictos entre “derecha” e “izquierda” o entre “leales” y “traidores” (idem: 135).

⁶ La “peronización” de jóvenes de clase media vinculados al nacionalismo y al catolicismo, daría lugar a un discurso que hace suya la “mitología” peronista que, sumada al “pragmatismo”, explicaría el “éxito” inicial. Sin embargo, esa “ingenuidad” en la visión del peronismo, lleva al rápido e inevitable fracaso político al descubrir que Perón no pensaba abrirles crecientes espacios en el movimiento, sino expulsarlos del mismo. A la vez, el carácter elitista de la estrategia de lucha armada explica la incapacidad para desarrollar una organización de masas verdaderamente poderosa, tanto por las características del compromiso asumido (ausencia de verdadera conciencia revolucionaria) como por la naturaleza de clase (falta de arraigo en la clase obrera) de los sectores movilizados.

⁷ TOURAINE, *Les Sociétés dépendantes*, Ed. Duculot, Paris-Gemblox, 1976, págs. 58 y ss, en Sigal y Verón (idem: 135)

Por ende, para los autores, el proceso analizado no podría comprenderse a partir de razones “económicas y sociales”, y esto sería especialmente válido para la JP. Si bien ese tipo de razones permitiría explicar las “causas” de su “aparición”, no podría explicar su “trayectoria posterior”. Esta trayectoria tampoco obedecería a una “estrategia política”, sino a “una dinámica que puede llamarse cultural o ideológica para decir que desarrolla por sí misma sus consecuencias”.⁸

A partir de estas premisas, si bien se propone que el análisis del discurso debe involucrar el de las condiciones de producción, en la práctica, en términos de de Ípola (idem: 90-91), el enfoque tiende a dejar de lado “las relaciones de fuerza y de poder en las que ese discurso —y todo discurso— está necesariamente inscripto y que, o bien silencian y descalifican, o bien apuntalan su vigencia y su autoridad”.

La propuesta de análisis del discurso de Sigal y Verón parte de una premisa importante: la distinción entre los enunciados —que dan contenido ideológico a un discurso—, y la enunciación, que es una “dimensión ideológica” definida a partir de la construcción de la relación del que habla con lo que se dice así como la propuesta de una relación entre lo dicho y el receptor.

Esta premisa teórica explicaría, y permitiría evitar, las inacabables polémicas sobre el carácter de izquierda o derecha del peronismo, ya que éste sería, precisamente, un “fenómeno discursivo” cuyos “contenidos ideológicos” pueden variar, y de hecho han variado, a lo largo del tiempo.

A la vez, en el caso de los discursos políticos, su especificidad en el marco de un sistema democrático sería que entra en una competencia con otros actores políticos por la identificación con las entidades o colectivos como patria, nación, pueblo, que tienen la propiedad de ser “transpolíticas” ya que la pertenencia a ellas es independiente de los criterios políticos.

Desde esta perspectiva, los autores establecen que la particularidad del discurso peronista sería que en esa competencia entre actores políticos no se descalifica la palabra del otro sino al otro en sí mismo, lo cual produciría un “vaciamiento del campo político”.

Así, desde 1944, el discurso de Perón se asienta en una negación del carácter político e histórico del momento en que nace. Define su acción en el marco de una “hora grave”, trascendental, por la cual se identifica, de ma-

⁸ Así, las “conductas objetivas” sólo podrían explicarse en términos de sus “construcciones ideológico-discursivas” (SIGAL y VERÓN, 1986: 220).

nera excluyente, con las entidades “transpolíticas”. Perón, que llega desde un lugar externo a la política (el cuartel), opone su proyecto “patriótico” a los proyectos “políticos” de los otros actores, sus “verdades” a las “ideologías” de los demás.

Así, en este discurso, los otros actores políticos son reducidos a términos morales, a la falsedad o el error, a la pura alteridad. En cambio, el líder, su persona física, emerge como la “materialización de la conjunción así obtenida entre patria, nación, pueblo y trabajadores” (idem: 47).

Estas particularidades del discurso peronista son para Sigal y Verón las que permiten comprender la trayectoria de la JP como “la progresión trágica hacia un fracaso” (idem: 135). Ahora bien, para comprender la “estrategia de inserción” en el “dispositivo de enunciación peronista” de la JP los autores continúan su análisis del mismo con las transformaciones ocurridas durante los años de exilio (idem: 105).

Después de 1955, con la distancia y la censura, que imposibilitan a los destinatarios ser testigos del “acto de enunciación” del líder, la comunicación habría adquirido la forma de un “triángulo”: “Perón/pueblo peronista/dirigentes peronistas”.

La nueva situación no sólo “abre la puerta a una profusión de enunciadores e intermediarios”, sino también la posibilidad de “rechazar un enunciado —una palabra de Perón— sin expresar desacuerdo con el líder, sólo se pone en duda la autenticidad de la enunciación” (idem: 102).

Este sería el origen del “tan mentado ‘penduleo’ político”, por el cual Perón “usufructúa la situación para retener la palabra definitiva y jugar así sobre varios tableros a la vez”, apoyando a diferentes personas de acuerdo a las necesidades coyunturales.

Emergería también en esta fase la imagen del líder como “un dirigente infinitamente maleable, que contenía todas las posibilidades políticas e ideológicas y a quien era posible llevar a la dirección deseada a través de un correcto ejercicio de presiones y de un monto de poder suficiente para asegurar el éxito de la orientación que se perseguía.” (idem: 108, 124).

Sigal y Verón destacan que, más allá de las diferentes interpretaciones de la intencionalidad del líder, lo importante es señalar que sus actos están condicionados por la naturaleza intransferible de su palabra.

Así, dado que es la materialidad de su cuerpo la que constituye como verdadera su palabra, la legitimación de los “mediadores” es, en realidad, “automática” (sólo requiere una evidencia de cercanía con Perón: la carta de saludo, la foto). De manera similar, la nueva situación “exacerba” el “va-

ciamiento” del campo político, ya que su palabra misma resultaba vaciada de todo contenido concreto y adquiriría valor en sí misma.⁹

Este dispositivo experimentaría dos nuevas modificaciones a fines de los 60s. Por una parte, la política “pendular” de Perón adquiere una dimensión ideológica con la radicalización de “importantes capas de las clases medias” y la voluntad de Perón de “captar” a parte de estos grupos. Por otra parte, esa “juventud ideologizada” aplica al discurso de Perón la “operación de lectura” propia, hasta entonces, de la recepción de la política “pendular”: toda actitud del líder que no coincidiera con la que ellos defendían como “verdadera”, no era más que “una táctica momentánea”.¹⁰

Estos grupos, con los que Sigal y Verón identifican a “la Juventud Peronista y sus organizaciones armadas”, serían “un ejemplo, entre otros, de la movilización de jóvenes pertenecientes a los sectores ‘intelectuales’ de la burguesía, que desde siempre hablaron en nombre del ‘pueblo’ y que, en los años sesenta, iniciaron acciones revolucionarias guiados por un voluntarismo socialmente indeterminado”. Al igual que muchos movimientos revolucionarios del Tercer Mundo, enfrentarían un “problema estructural”: “la distancia, difícil de anular” con la base popular de la que se proclaman “vanguardia”.

Lo que distinguiría a la JP es la decisión “estratégica” de ponerse “la camiseta peronista”, como “precio” a pagar para “movilizar a la base obrera a fin de reorientar, eventualmente, su identidad política”. En esta “estrategia”, en la que se mezclaban “creencia y mala fe”, los habría dejado encerrados en una “trampa”, una “contradicción insoluble” entre su pretensión (de vanguardia) de hablar en nombre del pueblo y la inevitable sumisión a la palabra de Perón, derivada de su identificación con el peronismo (idem: 135-6).¹¹

⁹ En realidad, ambos aspectos de la nueva situación serían una intensificación de los rasgos propios del discurso peronista. Así, “la ausencia física del líder puso de relieve que su cuerpo era el fundamento último de toda legitimidad”. Sigal y Verón (idem: 108-116, 233).

¹⁰ Hasta entonces los “intermediarios” se diferenciaban en términos estrictamente políticos (“leales y traidores”, “duros y blandos”). La multiplicidad de mensajes se vinculaba fundamentalmente a “un campo donde la ‘realpolitik’ invade la política”, en el cual un “estrato limitado de líderes sindicales o políticos (...) manejan la capacidad de presión de las masas” en función de “la relación coyuntural de fuerzas”. Las modificaciones de fines de los 60s se plasman claramente a partir de 1971, con las designaciones de Campora y Galimberti, Perón convierte a la JP en “destinataria privilegiada” de sus favores (SIGAL y VERÓN, idem: 122, 124, 134).

¹¹ Esta contradicción y las diferentes respuestas que la JP elabora, analizadas a partir de las declaraciones de las organizaciones armadas y de El Descamisado, son el objeto del análisis en profundidad del libro.

Aquí encontramos que, respecto de los orígenes, si bien los autores caracterizan a Montoneros en términos de clase e ideología —igual que Gillespie—, el argumento se encuentra invertido: lo determinante no es la clase sino la ideología. Para Sigal y Verón la clave para comprender la trayectoria de Montoneros es su concepción “vanguardista”, ya que de ella se deriva la decisión fundante de adoptar una “falsa” identidad peronista a fin de acercarse a quienes consideraban el “sujeto revolucionario”, al que debían imbuir de una verdadera conciencia de clase que les permitiera cumplir su rol transformador.

De todas formas, al igual que en el trabajo de Gillespie, aquel momento inicial determina el devenir posterior de la organización. Sintéticamente, el argumento plantea que a partir del regreso de Perón al país, la JP quedaría “atrapada” en el mecanismo discursivo peronista. Dado que “el único signo de pertenencia al peronismo es la expresión de lealtad a Perón, es evidente que esta lealtad puede ser proclamada por cualquiera. El principio, inverso y complementario, exige que sólo el líder pueda identificar aquellos casos donde esta expresión de lealtad es pura apariencia: en el caso del traidor y del infiltrado.” (idem: 140).

Mientras el discurso de Perón mantenga inalterada “la naturaleza intransferible de su enunciación y el no arbitraje de los conflictos internos”, los “enunciadores segundos están condenados a una lucha (...) puramente especular”, en la cual intercambian denuncias mutuas y simétricas: el otro es el traidor, ellos son los verdaderos peronistas (idem: 140, 143).

Esta igualación no sería problemática para todos los sectores que protagonizaban el conflicto, sino para aquéllos que, por su atribución del rol de “vanguardia revolucionaria” necesitaban demostrar que su versión del mensaje de Perón era la verdadera (idem: 143).

La idea de “no arbitraje” de Perón contrasta con lo que suele identificarse como el “giro” del líder a partir de su regreso al país: apoya a los sectores sindicales, pilares del Pacto Social, y da espacios de poder al grupo “lopezreguista”.

Esta aparente contradicción no refleja una falencia en el análisis del contexto, ya que los autores hacen abundantes referencias a las decisiones y declaraciones adversas a Montoneros/JP. Es, en cambio, fruto de una deliberada elección teórica: para los autores lo relevante para comprender las acciones de Montoneros no es lo que hace Perón, sino el mantenimiento del “dispositivo” de enunciación por el cual su palabra en ningún momento puede intervenir explícitamente las disputas entre “enunciadores segundos”.

De todas formas, las acciones de Perón harían evidente el fracaso de la “estrategia política” de usar la “camiseta” para convertirse en “vanguardia” de la clase obrera argentina. Para los autores, la fase de “incoherencias” de 1973-74 no puede ser considerada meramente una serie de “posiciones tácticas” en las que “nadie creía realmente”.¹²

Para Sigal y Verón, analizar en esos términos posicionamientos como la “teoría del cerco” sería problemático ya que, si bien lo que creyeran o no los dirigentes de Montoneros y de la JP carecería de relevancia, sí es relevante lo que creían las “decenas de miles de adherentes”. Y, en ese sentido, si “pensaran, ellos también, que todo era mentira”, difícilmente leyeran *El Descamisado* (idem: 223).¹³

Por esto, optan por considerar que las acciones aparentemente incoherentes de este período son fruto de “la proyección sin trabas del deseo”, de la “construcción imaginaria” que la JP había hecho del peronismo, de Perón, del primero de mayo y de su propia relación con el pueblo (idem: 222).

De todas formas, esta fase da paso al estallido de violencia de 1974-76 a partir de la muerte de Perón. Nuevamente, la clave es la “trampa”: sin la intervención de Perón esa disputa entre “enunciadores segundos” sólo podía resolverse “fuera de la palabra: en el silencio de la violencia, del asesinato”. Así, la muerte se transformaría en la única forma de disputar la interna peronista, en la única forma de probar el carácter de “verdaderos” peronistas de los contendientes (idem: 140-141).¹⁴

Como se mencionó al principio, el análisis se proponía indagar el papel de la IP en este estallido de la violencia y, en este sentido, el argumento enfa-

¹² Sintéticamente, los autores enumeran una serie de respuestas discursivas a la nueva situación. La “teoría del cerco”, es decir, “una reorganización de la estrategia discursiva de la JP, cuya clave consiste en considerar a Perón como alguien que está de alguna manera ausente”. La “recuperación de la historia”, que “consiste en construir una continuidad absoluta y sin fisuras entre su ‘Nosotros’ y la historia del peronismo” como forma de lograr, simultáneamente, descalificar la palabra actual de Perón y de legitimar la propia legitimidad. La identificación con Eva Perón, cuya posición única en el “dispositivo de enunciación” peronista (es simultáneamente portavoz del pueblo e incondicionalmente leal a Perón) se debe a su naturaleza extra-política, ya que su relación con el Pueblo y con Perón está basada en el amor y su máxima expresión es el sacrificio. SIGAL y VERÓN (idem: 162, 181, 190-191).

¹³ Concluyen: “Como todo discurso político, el de la JP estaba enunciado desde una posición de verdad, independientemente de las intenciones de quienes lo emitían.”.

¹⁴ Cabe recordar que el argumento desarrollado previamente sustentaría la imposibilidad de Perón de “arbitrar” en las disputas internas, tanto por la intransferibilidad de la legitimidad de su palabra como por la exacerbación del “vaciamiento” del campo político ocurrida durante el exilio.

tiza su responsabilidad en términos bien diferentes a los de Gillespie. Para Sigal y Veron el estallido de violencia no es el “dispositivo de enunciación” peronista en sí mismo, sino el “terco proyecto [de la JP] de cambiar al peronismo desde dentro”.

Más aún, en la conclusión, señalan que lo que desestabiliza “definitivamente” el “dispositivo” de enunciación peronista no es la ampliación “de la composición real del movimiento” sino la aspiración de la IP a ocupar el lugar de Perón y a sustituir el “vaciamiento del campo político” propio del discurso peronista por la aspiración “totalitaria” a identificarlo con un “contenido positivo” (idem: 237).¹⁵

En síntesis, cabe destacar, en primer lugar, que a pesar de coincidir con Gillespie en su caracterización de JP/Montoneros a partir de su origen de clase e ideológico, sus interpretaciones de la relación con Perón y el movimiento peronista no sólo son diferentes sino opuestas (“ingenuidad” versus “camiseta”).

De todas formas, respecto del tema de la relación con el peronismo, en ambos trabajos el desconocimiento de una “realidad” peronista, el carácter ajeno o no “verdaderamente” peronista de la JP/Montoneros, es la clave para comprender las acciones del período 73-74.

Si bien Sigal y Verón discuten la idea de una “estrategia política” fracasada para la cual no hay reemplazo, su análisis se centra en un argumento bastante similar al afirmar que frente a una realidad que no es la deseada, la JP actúa de acuerdo a la “proyección sin trabas del deseo”, de la “construcción imaginaria” que había hecho del peronismo y de Perón.

Por último, la “explosión” de violencia de 1974-76, que en Gillespie es consecuencia de la intensificación de la represión, en Sigal y Verón es la consecuencia inevitable de las decisiones de la JP.

1.3. Ollier (1986)¹⁶

En el marco de estas discusiones puede inscribirse el trabajo de María Matilde Ollier *El fenómeno insurreccional y la cultura política, 1969-1973* que

¹⁵ Discuten así con los trabajos sobre el tercer gobierno peronista que coinciden en destacar que una clave para comprender su crisis es la ampliación de los apoyos lograda en el período previo, debido a la debilidad política resultante de la imposibilidad de conciliar y/o contener y limitar las demandas de quienes apoyaban su proyecto. En líneas generales este es el argumento central de LANDI (1979), TORRE (2004), DE RIZ (1986), GODIO (1986), HOROWICZ (2005), SIDICARO (2002).

¹⁶ Las referencias corresponden a la reedición de 2005 de *El fenómeno insurreccional y la cultura política, 1969-1973*, Bs. As., CEAL.

se propone precisamente “tender los lazos reales entre las condiciones sociales y políticas denunciadas por ese discurso [de las organizaciones armadas] y su pertinencia”. Para Ollier se trata de un “discurso que se entrelaza con otros discursos, discursos que denuncian una realidad, realidad que confirma la pertinencia de ese discurso” (2005: 243).

Desde estas premisas, la autora busca explicar el fuerte desarrollo que logra el “peronismo revolucionario” (PR), es decir de las Fuerzas Armadas Peronistas, las Fuerzas Armadas Revolucionarias y los Montoneros, entre 1968 y 1973. Para esto, analiza la relación entre sus discursos y la “realidad” que denuncian, por una parte, y con otros actores del “campo político”, por otra.¹⁷

Comienza destacando las coincidencias entre las condiciones sociales y políticas que denuncia el discurso del PR y una realidad que confirma su pertinencia, en especial la crisis política permanente, la exclusión del peronismo y el Cordobazo.

A la vez, analiza la convergencia de las estrategias políticas concretas, tanto del PR como de Perón, destacando el carácter “instrumental” de su lucha por la reinstauración de un régimen democrático. Perón, con su política “pendular” oscilaría entre la demanda democrática y el aliento a las formaciones especiales; el PR, a pesar de ser conciente de esta dualidad, se propondría “persuadir/obligar a Perón a definirse por ellos y por su estrategia de guerra popular y prolongada.”. Por ello, la campaña “Luche y vuelve” se basa en la convicción de que el regreso de Perón era inaceptable para la clase dominante y, por ende, en que su figura impedía una salida “reformista” (2005: 294, 288).

En segundo lugar, Ollier busca explicar por qué a partir del regreso a la democracia y la desaparición de las condiciones que legitimaban y daban verosimilitud a su discurso, la guerrilla “se despega crecientemente del resto de los actores sociales y políticos”, y “al continuar militarizando su lenguaje y su prácticas”, queda “ligada en una lógica de guerra con los actores armados” y “se desliza de manera abierta hacia posiciones de índole terrorista” (2005: 303).

En este segundo aspecto de su investigación, cobra una importancia clave el carácter comparativo de su análisis y, en especial, la búsqueda de una ex-

¹⁷ La elección del peronismo revolucionario entre otros grupos armados obedece a que el mismo evidenciaría el carácter de simultánea ruptura y continuidad del fenómeno insurreccional respecto de “las relaciones y modalidades políticas existentes”, ya que su originalidad reside precisamente en que, al proclamarse peronista se inserta en un pasado que le impone condicionamientos insoslayables a su acción e impide rupturas totales (2005: 241).

plicación para la hegemonía de Montoneros. Sintéticamente, esta se debería a que Montoneros “expresa hasta el final de manera descarnada” la convergencia ideológica entre cristianismo y guevarismo que conformaría al PR. Estas ideas serían claves para comprender las transformaciones experimentadas por el PR a partir de 1973.

En el universo de ideas del PR la lucha revolucionaria estaría despojada de su contenido político y se transformaría en “una verdadera cruzada, donde lo religioso y lo militar habitan crecientemente el espacio de la política”. Esta despolitización permitiría entender el marcado “pluralismo” ideológico del PR a partir de fundamentos claramente totalitarios: se basa en la premisa de que “el valor máspreciado es la unidad, y la unidad fundamentalmente se forja en la lucha”.

Con el reemplazo de las ideas por la acción es lógico que el grupo hegemónico sea Montoneros, el “más predispuesto a negociar para juntar, poco atado a principios y excesivamente lanzado a la acción militar”.¹⁸

Sintéticamente, para Ollier, los Montoneros se caracterizarían por el militarismo, la irrelevancia de las definiciones ideológicas y la instrumentalidad de sus acciones.

El “militarismo” se evidenciaría en la “fusión” con la Juventud Peronista, por la cual una organización eminentemente política es supeditada a la organización militar, y la “fusión” en un plano de igualdad con los Descamisados, pequeña organización clandestina (2005: 315).

Además, emergería claramente de la comparación con las FAP, con las que comparte tanto el ideal del cuadro “político-militar” (y su fundamento ideológico, el ideal del hombre nuevo) como el enfrentamiento con la “burocra-cia sindical”, pero las plasma en prácticas totalmente diferentes. Mientras las FAP promoverían la proletarización de sus cuadros, los Montoneros valorarían el nivel militar y la predisposición o audacia para realizar actos armados. De manera similar, si las FAP buscan profundizar el conflicto social, Montoneros recurre al asesinato, opción que daría cuenta de “un pensamiento y una práctica militarista” (2005: 318-319, 326, 333).

Respecto de las definiciones ideológicas, Ollier destaca que pese a su origen “nacionalista católico de derecha”; tres años después los Montoneros adoptan una “ubicación ideológica” que les permite hegemonizar “grupos y hom-

¹⁸ Para la autora, este grupo es el más exitoso por el número de adherentes y el poder militar e institucional. Dado que no se impone por la fuerza a los otros grupos “sino que los gana”, puede suponerse que “algunos componentes de la ideología montonera eran compartidos ampliamente”. OLLIER (2005: 330, 333-335, 251)

bres de consecuente trayectoria marxista”, por lo cual son una organización poco atada por las definiciones ideológicas (2005: 332-333, 281-282).¹⁹

Por último, en relación a la instrumentalidad, Montoneros es, al menos hasta 1973, la organización con “mayor habilidad para acomodarse (...) al discurso del líder”. No desconfía públicamente de él, es la primera en aceptar la salida electoral y, en general, sus vínculos se basan en “el cálculo y la maniobra” (2005: 333).

Esto explicaría la contradicción entre una percepción de Montoneros como la organización “más política” y, a la vez, como la más “militarista”: es el fiel reflejo de la cultura política argentina y “ha leído bien a Perón”. Esta se caracterizaría por una larga tradición de “manipulación y de imposición instrumental cuya meta declarada ha sido siempre el logro de objetivos nobles (ejemplo: proscribir largamente al peronismo para construir un orden democrático)” (2005: 333-334).

A la justificación del fin por los medios se suma la “informalidad” de un “sistema político dual”. Siguiendo esta tesis de Cavarozzi (1983), Ollier destaca que desde 1970, el ámbito extrainstitucional adquiere una inusitada centralidad a partir del “complejo e intrincado juego” entre Lanusse y Perón. Así, la guerrilla se entronca con una “cultura política” caracterizada por su instrumentalidad e informalidad, en la cual Perón las introduce como “formaciones especiales en una ‘ilegalidad legal’ por todos avalada” (2005: 338).

Cabe distinguir en su explicación de este proceso dos elementos. Por una parte, la mencionada instrumentalidad, por la cual en realidad no hay nunca un verdadero apoyo al régimen democrático. Por otra, ciertas claves ideológicas específicas que, presentes desde el inicio en el discurso de la guerrilla, facilitan su “despegue” respecto de los discursos dominantes.

Tres claves operarían de manera subyacente durante toda su trayectoria: la constante distinción entre lo manifiesto y lo latente (siendo esto último lo “verdadero”); la inevitabilidad de la revolución (por la cual lo latente es una “esencia” revolucionaria siempre a punto de emerger); y la cualidad “develadora” de esa potencialidad revolucionaria de la violencia.

Para Ollier (2005), a partir de estos elementos se produciría un desplazamiento entre los discursos para “convencer” y los análisis políticos propia-

¹⁹ Sus orígenes les permitirían definirse como peronista a partir de componentes ideológicos compartidos: el nacionalismo, el cristianismo y el humanismo. Para la autora este rasgo haría poco útil el uso de la noción “izquierda”.

mente dichos. A partir de un discurso inicialmente destinado a “producir creencia” quedan “prisioneros de una ilusión” (idem: 31).

Por último, si bien la autora no analiza en profundidad el período 73-76, propone una interpretación del mismo similar a las analizadas centradas en su carácter condicionado por el proceso previo. Así, el carácter “instrumental” del apoyo a la democracia del PR, la “política pendular” de Perón, y, en general, la “cultura política argentina”, hacían imposible todo “desenlace alternativo” al efectivamente ocurrido.

Cabe destacar cierto desplazamiento entre la explicación del crecimiento de los primeros años de la guerrilla, que se basa en la noción de “cultura política”, y la explicación de su devenir a partir de 1973 y del fracaso de la reinstauración democrática, en la que el argumento gira hacia el plano de la “ideología”.

Esto se refleja en un argumento que plantea, por una parte, que el ingreso a la arena política del PR se debería a la “cultura política” de los actores políticos predominantes, y que esto condicionaría el fracaso de la restauración democrática. Por otra parte, se plantea que son las propias características ideológicas del PR las que serían responsables de la intensificación de la violencia.

Si bien este desplazamiento podría vincularse al papel atribuido a los cambios en el contexto (la realidad que confirma o no la pertinencia de los discursos) esto no aparece articulado al desplazamiento del concepto de “cultura política” por el de “claves ideológicas”, dando lugar a cierto vacío explicativo en lo referente a las transformaciones ocurridas a partir de 1973.

Por otra parte, su análisis se diferencia tanto del de Gillespie como del de Sigal y Verón respecto de la relación entre Montoneros y el peronismo, ya que para Ollier la especificidad de Montoneros (y explicación de su “hegemonía”) residiría en su adecuada comprensión de Perón y en la “cultura política instrumental” compartida.

1.4. Imágenes dominantes y problemas claves

A pesar de las diferentes preguntas específicas y marcos teórico/conceptuales, las interpretaciones coinciden en identificar tres grandes problemas.

El primero podría denominarse los “orígenes” y al respecto hay cierta convergencia entre los argumentos que se centran en el plano de las ideas de los actores (la “tradición política argentina”, el “vanguardismo” de izquierda) y/o en su pertenencia a la clase media.

El segundo problema está referido a la relación con el peronismo. Más allá del contraste entre “ingenuidad” e “instrumentalidad”, aparece otra contradicción entre el carácter ajeno y consecuente desconocimiento del peronismo (Gillespie, Sigal y Verón) y la profunda comprensión basada en rasgos compartidos (Ollier).

Por último, los tres autores plantean el problema del papel o responsabilidad de Montoneros en la crisis del tercer gobierno peronista y el golpe de 1976. También aquí encontramos una imagen compartida (la intensificación de la violencia) y explicaciones contradictorias de la misma: para Gillespie el aumento de la violencia sería una consecuencia de la intensificación de la represión; para Sigal y Verón de la naturaleza “vanguardista” del proyecto de los Montoneros y de su estrategia de “ponerse la camiseta” peronista para lograrlo; para Ollier de las “ilusiones” provocadas por su ideología que impiden comprender la nueva etapa.

Extremando con fines comparativos una esquematización de los tres argumentos, encontramos que comparten una idea: la trayectoria de Montoneros estaría determinada por cierto “origen” y las alternativas que experimenta dependerían exclusivamente del impacto de las transformaciones del contexto en una organización que, en lo esencial, permanecería siempre igual a sí misma.

A pesar de la indudable riqueza de estos análisis, que podemos llamar clásicos, de Montoneros, esta simplificación de sus argumentos apunta a destacar cierto carácter estático de su interpretación de la violencia política.

En este sentido, trabajos recientes como los de Della Porta (1995) y Wiewiorka (1993), han destacado la existencia de las dinámicas específicas de las organizaciones políticas que practican la violencia y que, de manera recurrente, experimentan procesos (a veces denominados de “militarización”) que implican una intensificación de la violencia utilizada con fines políticos.

El trabajo de Moyano (1995), aunque representa una versión extrema y en aspectos claves muy parcial, remite a este enfoque centrado en estas dinámicas propias de las organizaciones que practican la violencia política.

2. Moyano: inesperadas virtudes del racional choice

En el plano teórico el trabajo de María José Moyano (*Argentina's lost patrol. Armed struggle 1969-1979*) se ubica en el polo opuesto a Sigal y Ve-

rón: su objetivo es identificar las variables determinantes en las “elecciones estratégicas” de las organizaciones guerrilleras.²⁰

Desde esta perspectiva, se propone analizar la *militarización* de los Montoneros y el ERP. Define la militarización como una “conducta desviada” consistente en el predominio de las consideraciones militares sobre las políticas en los grupos que practican la lucha armada. Esto llevaría a intensificar la violencia, definiendo el conflicto como guerra (lo que se plasma en ataques frontales a instalaciones militares), y a emular a las fuerzas armadas (adoptando uniformes y rangos).

El carácter “desviado” de esta “conducta” resulta del contraste en relación a una hipotética conducta racional: la adopción de una estrategia defensiva frente a un enemigo más poderoso (las FFAA). Al adoptar una estrategia ofensiva, las organizaciones habrían evidenciado el proceso de militarización subyacente (1995: 6, 95-96, 157, 164).

Más allá del problema que supone atribuir a los actores una supuesta racionalidad universal, el argumento mismo es problemático, ya que se basa exclusivamente en la correlación temporal de una serie de variables, que caracteriza como “intrínsecas” y “extrínsecas”.

Sintéticamente, para Moyano, la excepcionalidad del caso argentino no residiría en que las organizaciones experimenten un proceso de militarización, ya que esto sería común en las organizaciones armadas. La peculiaridad sería que esta “militarización” obedecería a causas exclusivamente “intrínsecas”.

Siguiendo una distinción de Della Porta (1995), Moyano analiza primero algunos factores “extrínsecos” que serían claves para explicar la militarización en organizaciones europeas: imposibilidad de movilizar apoyo por la existencia de procesos de desmovilización social y represión estatal (1995: 157).²¹

²⁰ Así, para Moyano, como las formulaciones ideológicas suelen “carecer de consistencia”, ya que serían pronunciamientos públicos basados en lecturas de momentos específicos o bien motivados por las luchas de poder al interior de la organización, acompañadas generalmente de “debates ideológicos bizantinos”. Por esto, considera más productivo analizar la “aplicación práctica” de esos “principios ideológicos”, por ejemplo, en las estructuras organizativas adoptadas (1995: 133).

²¹ Se basa en el relevamiento de once diarios, distinguiendo entre las acciones violentas vinculadas a las organizaciones armadas, a la protesta colectiva violenta (formas espontáneas y no organizadas de violencia), y a los grupos paramilitares. A partir de esta clasificación la autora afirma que la protesta colectiva violenta decrece después de 1971 pero se recupera y mantiene en niveles importantes entre 1973 y 1975, y que la violencia “enforcement” (paramilitar) aumenta después de 1975.

Para Moyano, a diferencia de grupos como las brigadas rojas o los grupos alemanes, que nacen en el marco de un “ciclo de protesta” como respuesta al aparente fracaso de la protesta colectiva, en Argentina la lucha armada y la protesta colectiva violenta se desarrollan simultáneamente hasta 1973, y la militarización, cuyos indicadores se presentarían desde entonces, no puede ser explicada por la derrota de las luchas populares, ya que esta era todavía significativa entre 1973 y 1975 (1995: 89-90).

De manera similar, la represión, si bien habría reforzado su percepción de estar en una “guerra” y fortalecido su cohesión de grupo, no pudo haber sido la causa de la militarización por ser posterior a 1973.²²

En base a esta falta de correlación temporal la autora “descarta toda relación causal entre el desarrollo del militarismo y las variaciones en la intensidad de la protesta colectiva violenta y la violencia paramilitar” (1995: 46).

Moyano pasa luego al análisis de dos factores intrínsecos que, también siguiendo la conceptualización de Della Porta (1995) propone como decisivos para la militarización: un proceso de “burocratización”, similar al de las organizaciones no armadas, asociado al crecimiento numérico y una creciente distancia entre “líderes” y “seguidores”; y un proceso de “re-socialización” vinculado a modificaciones afectivas y cognitivas provocadas por la clandestinidad, y que se evidencia en transformaciones ideológicas, concretamente en la adopción de una visión maniquea del mundo que facilita la vida incierta en la clandestinidad y refuerza la cohesión del grupo.

Respecto del proceso de “burocratización” la clave sería el enorme y súbito incremento de los integrantes de las organizaciones que se produciría a partir de la apertura democrática de 1973.

Desde entonces, los líderes serían los fundadores que ocupan las jerarquías más elevadas y, hasta cierto punto, controlan los recursos de información y dinero, crean las reglas, siendo además muy probable que su involucra-

²² Otras variables “extrínsecas”, como la competencia entre organizaciones clandestinas rivales, y las presiones y/o modelos internacionales, reciben un tratamiento más superficial. Moyano (1995) descarta la rivalidad a partir del hecho de que las organizaciones mantenían relaciones cordiales, se prestaban dinero y materiales e incluso realizaban operaciones conjuntas. Refuerza el argumento señalando que el faccionalismo no habría representado grandes problemas en las organizaciones, y que predominaba la tendencia a la convergencia en dos grandes organizaciones antes que la dispersión y el surgimiento de nuevas. En relación a la presión y/o influencia externa, simplemente afirma que en la medida en que hubo ayuda cubana, ésta tuvo lugar en los sesenta, cesando luego (MOYANO, 1995: 95, 96, 137-138, 158)

miento emocional con la organización sea mayor que el de los seguidores (1995: 114).²³

De todas formas, para Moyano, esta distancia y subordinación entre líderes y seguidores no es una causa directa del “desvío” en la conducta de las organizaciones, ya que las entrevistas mostrarían la existencia de contactos horizontales y de relaciones con otras organizaciones por fuera de los canales formales establecidos. Por ende, el acatamiento a la línea de los líderes obedecería a los vínculos emocionales de los militantes con la organización, que “led to an obliteration of the individual conscience.”²⁴ En este sentido, la “burocratización” y “resocialización” terminan siendo indistinguibles en el argumento.

El análisis del proceso de “resocialización” se basa en el de las transformaciones en la estructura organizativa y en las definiciones ideológicas que acompañan el crecimiento numérico.

En relación a la estructura organizativa, si bien los primeros cambios se producirían a fines de 1972,²⁵ los cambios decisivos, que evidenciarían la existencia de un proceso de militarización en curso, se darían recién a fines de 1974.²⁶

²³ Los líderes pertenecerían a la “primera generación”, a los fundadores de la organización, un grupo fuertemente homogéneo y predominantemente integrado por estudiantes universitarios de 20 a 25 años. Los seguidores serían los nuevos reclutas, muchos de los cuales eran estudiantes secundarios o menores de 20 años, considerados “perejiles”, es decir individuos políticamente inocentes e inmaduros (1995: 112-113, 122-124).

²⁴ Considera un ejemplo de este proceso la idea de algunos entrevistados críticos que decidían postergar la ruptura por considerar que podían cambiar “desde adentro” a la organización (1995: 126-127).

²⁵ Los cambios obedecerían al primer momento de aumento significativo de los miembros de las organizaciones e implicarían el “primer paso” hacia la subordinación del trabajo político al militar (1995:140). Es interesante destacar que en el caso de Montoneros el primer momento de crecimiento de 1972 se vincularía al control de los grupos de Juventud Peronista en las universidades, que les permitiría convertirse en los únicos voces de los sectores radicalizados del peronismo. Para la autora, los Montoneros lograrían controlar la JP por medio del “entrismo”, es decir la introducción de militantes en los diversos grupos juveniles, que cuestionaban la legitimidad de sus líderes y los desplazaban. Esto sería un doble engaño, porque no declaraban públicamente su pertenencia a Montoneros y a la vez subordinaban a los grupos de JP a las directivas de Montoneros sin que sus integrantes lo supieran (1995: 24-25, 149-150).

²⁶ A partir de la muerte de Perón se introducen rangos (aspirante, oficial, oficial segundo, oficial primero, oficial mayor); los “comandos” se transforman en “pelotones”; y se crean “milicias” que debían cumplir funciones de apoyo y Grupos Especiales de Combate que no tenían carácter territorial sino que dependían directamente de los líderes nacionales (1995: 142, 144, 147, 150). Después del golpe, se produce una nueva reorgani-

En el plano ideológico las organizaciones habrían compartido desde el inicio la idea de que la Argentina se encontraba inmersa en un proceso de liberación nacional y que, fracasadas las movilizaciones populares espontáneas, era necesario promover una estrategia de guerra popular prolongada (1995: 137-138).

En el caso de Montoneros, se producen algunas tensiones y cuestionamientos internos de la posición “movimientista”, que se plasman en la “teoría del cerco”, pero los cambios decisivos se producen recién a fines de 1974, con el triunfo del “alternativismo”.²⁷

De esta forma, tanto las transformaciones organizativas como redefiniciones ideológicas decisivas responderían a la situación de clandestinidad, derivada a su vez de la ilegalización de las organizaciones y la creciente represión ilegal.²⁸ Moyano señala que desde entonces las relaciones sociales y familiares con personas ajenas a la organización se hicieron muy riesgosas y, por otra parte, que la represión reforzaba los lazos afectivos tanto con los muertos como entre los sobrevivientes y daba lugar al “culto a la muerte”, la glorificación de los que habían “caído en combate” (1995: 122-124).

La clave en el argumento de la autora es el descartar los factores que denomina “extrínsecos” a partir de la correlación entre la ocurrencia de los cambios en las diversas variables y la aparición de los “indicadores” de la militarización (concepción del conflicto como guerra, intensificación de la violencia utilizada, asimilación a la estructura de las FF.AA.).

zación en Montoneros, cuyo fin era solucionar las tendencias “burocráticas” y “militaristas” que habían surgido. Para esto se adopta la denominación Partido y Ejército Montonero, y los militantes debían pertenecer a ambas estructuras. Se introducen nuevos rangos que copian los de las FF.AA. Los uniformes se introducen oficialmente en 1978 (1995: 154).

²⁷ Para Moyano la “teoría del cerco” era una política elaborada para el consumo interno y evidenciaba la existencia de un doble discurso, ya que a fines de 1974 Firmenich afirmaba, en un discurso para “cuadros selectos”, que Perón era en realidad un “líder burgués” (1995: 124-125, 144). En realidad, ya a fines de 1973 la organización plasma claramente la existencia de un doble discurso, pero no al interior de la organización sino hacia afuera. Se trata de la “Charla de la Conducción Nacional de Montoneros ante las agrupaciones de los frentes-1973” que circuló exclusivamente como documento interno, en la cual Firmenich realiza una “autocrítica” de la “teoría del cerco” y explicita la existencia de diferencias con Perón. El documento es reproducido en Baschetti (1997).

²⁸ Aparece aquí un problema en la periodización de la autora ya que mientras la ilegalización del PRT/ERP es de septiembre de 1973, la de Montoneros, es de diciembre de 1975, aunque, de hecho, el quiebre puede situarse en el “pase a la clandestinidad” de septiembre de 1974.

Sin embargo, al integrar su caracterización del contexto y de las transformaciones experimentadas por las organizaciones en una misma secuencia temporal (algo que falta en el libro) lo que aparece es una clara relación causal entre la violencia “de derecha” y la “militarización”, lo cual sustentaría claramente las tesis de Gillespie al respecto.

De acuerdo a su análisis, el primer “indicador” de militarización (la estrategia de la guerra popular prolongada) estaría presente desde el inicio. La protesta colectiva violenta se mantendría en niveles importantes entre 1973 y 1975, coincidiendo con la fase de mayor crecimiento numérico de las organizaciones armadas, acompañando el proceso de “burocratización”. En 1974 aparecerían los otros dos indicadores de militarización: la intensificación de la violencia utilizada y la asimilación a la estructura de las FF.AA. Esto coincidiría con la intensificación de la violencia “de derecha” como respuesta a la persistencia de la protesta colectiva durante el gobierno peronista y con la necesidad de las organizaciones armadas de adoptar una clandestinidad total.

Esta secuencia, más allá del problema “fáctico” de la correlación, muestra algunas limitaciones de la teoría de la elección racional. Green y Shapiro (1994: 5-6) han destacado que entre ellas no son menores las asociadas a sus fracasos empíricos.

Por otra parte, como estos autores afirman, es muy frecuente que los análisis del “rational choice” o bien fallen o bien sean banales, resultando en una mera traducción a términos de la teoría de la elección racional del conocimiento existente. En esta línea, cabe destacar que a pesar de su debilidad interpretativa, este trabajo resulta inesperadamente útil al poner de relieve la importancia de la temporalidad y, sobre esta base, el carácter dinámico del proceso analizado.

Así, la investigación de Moyano inevitablemente cuestiona la primera imagen dominante que identificamos en la sección anterior: la de una organización siempre igual a sí misma, cuyo origen determina su devenir posterior. Al pensar a las organizaciones a partir de cierta dinámica inherente, inevitablemente pone de relieve la existencia de transformaciones tanto en la estructura organizativa como en el discurso y las acciones de la organización.²⁹

De todas formas, la noción de “militarización” propuesta por la autora no sólo es insuficiente por la atribución a priori de una determinada racionalidad.

²⁹ Si bien la autora transforma este tipo de análisis en una interpretación fuertemente determinista (la militarización aparece como algo inevitable, propio de las dinámicas internas de una organización guerrillera clandestina) esta interpretación es poco sostenible a la luz de sus propios hallazgos empíricos.

dad a los actores, sino porque se basa en una distinción entre “político” y “militar” sumamente confusa.

Dado que para los actores la violencia posee una naturaleza inherentemente política, y en este sentido su “lógica” no experimenta ningún cambio (la violencia es siempre la continuación de la política por otros medios).

De todas formas, siguiendo en esta dirección, es interesante señalar que Della Porta define lo que Moyano denomina “militarización” en términos diferentes: se trata de un cambio que consistiría en la creciente intensidad de la violencia utilizada (especialmente en función del uso de la fuerza contra personas), el aumento del nivel de organización involucrado en las acciones, y en una espiral de radicalización y aislamiento en el cual la acción pasa a centrarse en el enfrentamiento militar con el aparato de estado, cuya capacidad los supera ampliamente.

Por otra parte, tanto Della Porta (1995) como Wiewiorka (1993) analizan estas transformaciones a partir de categorías de la teoría de los movimientos sociales (tanto en su vertiente toureniana como norteamericana), buscando reconocer y especificar la cambiante naturaleza política y social del fenómeno de la violencia política, así como el tipo de vínculos que establece con los movimientos sociales concretos, sin que esto implique igualarlo o subsumirlo en los movimientos sociales. Más adelante volvemos sobre algunos aportes de estos autores que permiten enriquecer los análisis del caso.

3. Lanusse (2005) y Donatello (2010): revisando los orígenes

Si bien ambas investigaciones se centran en la relación entre Montoneros y el catolicismo posconciliar y utilizan conceptos tomados de la teoría de los movimientos sociales, sus enfoques son tan opuestos que es difícil encontrar puntos comunes en su interpretación.

En *Montoneros, el mito de sus 12 fundadores* Lucas Lanusse combina el recurso a la historia, en especial de las ideas, con algunas categorías de la teoría de los movimientos sociales en su vertiente norteamericana. A partir de esta perspectiva, reconstruye la trayectoria de diversos grupos que, hacia mediados de 1970, convergieron para dar nacimiento a Montoneros.

El trabajo se propone discutir lo que el autor denomina el “mito de los 12”, es decir una tesis que el autor considera central en Gillespie, de acuerdo a la cual, en sus inicios, Montoneros sería un grupo compuesto por doce personas. Más allá del dato numérico, el autor apunta a discutir la imagen de

Montoneros construida sobre la base de ese dato numérico: Montoneros sería fruto de “un grupúsculo incubado al margen de los grandes procesos políticos y sociales del país e ‘implantado’ en el mismo desde arriba y desde afuera” (2005: 38).

En la primera parte de su libro analiza los “grandes procesos políticos y sociales del país” en términos, hasta aquí, no demasiado diferentes a los de Gillespie, excepto por el mayor énfasis en los aspectos políticos y culturales que en los sociales y/o económicos, derivado de los respectivos enfoques de los autores.

En la segunda parte del trabajo, en cambio, encontramos una reconstrucción de las experiencias y trayectorias concretas que, en el marco de los “grandes procesos”, llevarían a diferentes grupos integrados por jóvenes de clase media y alta, de familias antiperonistas, que militan inicialmente en el catolicismo renovador, a crear una organización llamada Montoneros en 1970.

Más allá de esta detallada reconstrucción histórica, la explicación se basa en la idea de Tarrow (1994) de que es la relación entre grupos y movimientos, a través de sus redes y conexiones, la que permite la acción colectiva, ya que “los movimientos sociales son sólo ‘grandes’ en un sentido meramente nominal, ya que en realidad ‘se parecen mucho más a una especie de maraña entrelazada de pequeños grupos, redes sociales y conexiones entre todos ellos’”.

En consecuencia, para Lanusse (2005: 187), si bien en 1969 los “grupos originales” de Montoneros se parecían mucho más a un embrión de organización que a un movimiento social, sólo pueden ser entendidos como “los más ‘valerosos’ dentro de los amplios círculos de los cristianos radicalizados y peronizados”.

Desde este enfoque, utiliza las categorías de “ámbito”, “círculo” y “grupo” para analizar las trayectorias de los “grupos originales”. El “ámbito”, sería una organización de superficie que actúa en diferentes frentes de masas; el “círculo” comprendería a los militantes cercanos al aparato clandestino, que saben de él y aspiran a integrarse, pero actúan en organizaciones políticas, estudiantiles, sindicales o barriales; por último, el “grupo” sería un aparato clandestino, una experiencia cerrada con estrictas normas de seguridad, cuyos miembros abandonan totalmente la actividad pública.

Estas categorías sirven al autor para identificar tanto momentos en una secuencia temporal de la trayectoria de cada grupo, como espacios o niveles de militancia que se desarrollan simultáneamente. Así, el pasaje de un mo-

mento a otro de la secuencia temporal (formación de un “grupo” en el seno de un “círculo”), no significaría necesariamente el abandono o la desconexión respecto de los diversos espacios de militancia. Como señala el autor, y demuestra categóricamente con su investigación, no es posible entender a los “grupos” armados que dan origen a Montoneros, “desligándolos de las amplias redes en las cuales se incubaron y sobre las que se asentaban” (2005: 188).

Cabe identificar dos problemas en el uso que da Lanusse a las categorías de la teoría de los movimientos sociales. En primer lugar, el autor deja de lado las consideraciones que el mismo Tarrow plantea respecto de la dinámica de las “organizaciones del movimiento social” (OMS), en especial, los aspectos organizativos y las relaciones, a menudo conflictivas, entre diferentes OMS.

En segundo lugar, si bien como vimos las categorías pensadas para el análisis de los movimientos sociales han sido utilizadas para analizar la violencia política, Della Porta (1995) advierte que esto implica tener en cuenta la especificidad de las organizaciones que utilizan la violencia. Por ejemplo, los condicionantes que el cambiante nivel de clandestinidad impone a sus acciones.

Al margen de estas cuestiones teóricas, el trabajo de Lanusse combina preguntas más puntuales que las investigaciones previas con una base empírica mucho más rica. Así, el autor discute ideas que ya hemos identificado en el análisis de Gillespie: las tesis de la “ingenuidad” frente al peronismo y a su líder; y del carácter “militarista” y “movimientista” de la estrategia adoptada por la organización. Como demuestra la investigación de Lanusse, la realidad era mucho más compleja.

Una de las mayores riquezas del libro se encuentra en su reconstrucción de los debates que acompañan la trayectoria de los “grupos originales” y los primeros años de vida de la organización. En este sentido, su afirmación final respecto de que dadas las similares trayectorias y “las ideas comunes de los grupos en cuanto al peronismo como identidad, el socialismo como objetivo y la lucha armada como método (...) resulta lógico que todos los grupos confluyeran en una única organización político-militar” (2005: 183), subestima los matices y problemáticas que el mismo autor contribuye a develar con su investigación.

La investigación muestra que los “grupos originales”, a pesar de sus trayectorias semejantes, se diferencian claramente en sus ideas y prácticas. A la vez, plantea una excelente síntesis de los debates que atraviesan a estos grupos: ¿el movimiento es revolucionario en su conjunto o hay en él sectores heterogéneos e incluso antagónicos?; ¿conviene formar una tendencia

revolucionaria para hegemonizarlo desde adentro o jugar por fuera de las estructuras “burocráticas” (políticas y sindicales)?; ¿Perón es revolucionario? ¿Deben subordinarse a su conducción estratégica?; ¿Debe considerarse el trabajo de superficie demasiado peligroso y abandonarse? En caso contrario, ¿debe subordinarse a la conducción del grupo armado?

Lanusse no sólo destaca las diferentes respuestas e incluso las discusiones internas de los grupos “originarios” en relación a estas cuestiones claves. También revela que la efectiva conformación de una organización nacional por parte de esos pequeños grupos originales es un largo y conflictivo proceso que se inicia con el secuestro y la “ejecución” de Aramburu. Este proceso culmina recién en agosto de 1971, con la realización de un Congreso Nacional en Bs. As. a partir del cual se crea una instancia permanente de dirección a nivel nacional, el Consejo Nacional.

A la vez, el autor propone que si bien las definiciones de los Montoneros apuntan inicialmente a lo que Gillespie denomina “movimientismo”, a principios de 1972 la creación de las llamadas “Unidades Básicas Revolucionarias” (UBRs) daría cuenta del progresivo predominio de una postura “tendencista”.

De acuerdo a esta posición, el movimiento peronista estaría atravesado por diferencias irreconciliables, pero dado que también poseería una potencialidad revolucionaria, el combate debe darse desde el interior. En la medida en que la “tendencia revolucionaria” fuera hegemónica dentro del movimiento, Perón se volcaría en ese sentido a pesar de no ser genuinamente revolucionario) se volcarse en ese sentido si; los “burócratas” son enemigos, pero se tolera la convivencia táctica.

En este sentido, la creación de las UBRs obedecería a la necesidad de crear un nexo entre la militancia pública y la clandestina. Las UBRs tienen una organización clandestina, celular, compartimentada y dividida en regiones geográficas, al igual que las UBC, pero sus activistas siguen insertos y buscan conducir diversos frentes de masas.

Esta innovación refleja por ende la mencionada estrategia “tendencista” por la cual Montoneros se proponía organizar, esclarecer y conducir políticamente a las bases en función de transformarse en la dirigencia del movimiento de masas y, por lo tanto, del peronismo.

Este análisis posee la inestimable virtud de poner en evidencia que la relación entre definiciones ideológicas y prácticas políticas no es algo lineal y mucho menos automática. Nuevamente es interesante mencionar la propuesta de uno de los autores ya mencionados para conceptualizar este hallazgo del trabajo de Lanusse (2005).

Si bien Wieviorka (1993), discípulo de Touraine, parte de premisas radicalmente diferentes a las de Della Porta, sus análisis comparten la idea de que existen diferentes tipos de violencia política, cuya dinámica (pase de uno a otro tipo de violencia) puede y debe explicarse.

Respecto de estas transformaciones, Wieviorka (1993) destaca la importancia de analizar el proceso de elaboración ideológica de los agentes sociales y políticos, cuyo fin práctico es organizar, unificar y guiar la acción. Señala la importancia de precisar el contexto específico de producción y las preocupaciones estratégicas de los documentos, que pueden ir desde el debate interno, hasta la defensa legal, pasando por los llamados a la simpatía pública.

Destaca que, más allá de los principios doctrinarios y teóricos generales o abstractos, los discursos deben analizarse en relación a las situaciones concretas a las que buscan responder.³⁰

Para el autor, entonces, el análisis debe tener en cuenta la interacción entre las condiciones sociales y políticas y las matrices ideológicas: “what is unique to the persons who ensure the ideological processing of the meaning of terrorist action, and who later become both its directors and conductors, is their ability to cut and paste movements and ideologies.”³¹

Como veremos a continuación, el trabajo de Luis Miguel Donatello *Catolicismo y Montoneros. Religión, política y desencanto*, aborda precisamente esta cuestión de la relación entre prácticas e ideas. Pero, aunque recurre a algunos conceptos de Wieviorka (1993), su interpretación está centrada en otras premisas teóricas, ligadas a la sociología de la religión.

El libro contrasta con el de Lanusse por su ambición teórica, y su objetivo excede ampliamente a Montoneros: “[d]ar cuenta de un conjunto de propiedades más generales, relacionadas con el cruce entre religión y política, a partir de la descripción del nexo entre catolicismo y Montoneros” (Donatello, 2010: 19).

³⁰ WIEVIORKA (1993:32). En este sentido, una de las hipótesis del autor (idem: 33) es que “the transition to terrorism or the aggravation thereof takes place much more readily at critical junctures than through the broadening of preexisting ideologies”. Como se dijo, para WIEVIORKA (idem: 25-26), lo que debe analizarse es la elaboración de la realidad social y política en la que esos actores operan, elaboración que si bien tiene su punto de partida en determinados modelos ideológicos, los lleva a modificaciones sustanciales, resultando “simultáneamente, de modelos o matrices que son generalmente sincréticos, y de la elaboración, sobre la base de esos modelos, de la realidad social y política en la que esos actores operan. Esto puede, por supuesto, llevarlos a modificar el modelo original o matriz de numerosas formas”.

³¹ WIEVIORKA (idem: 41)

En este sentido, el autor no sólo discute la asociación entre nacionalismo y catolicismo en los orígenes de Montoneros, interpretados en clave ideológica, como evidencia de su pertenencia a la “ultra derecha”, que atribuye a Gillespie. Discute una visión más general, que considera basada en “narraciones ex post facto” de los propios actores, y que se sustenta en una explicación de tipo “teleológico”. Esta visión, que compartirían autores como Gillespie, Tortti, Lenci y Lanusse, plantearía que la “renovación teológica” habría generado una “radicalización” que explicaría la “opción por la lucha armada” (idem: 29).

Por el contrario, Donatello se propone destacar la continuidad entre la “renovación” católica de los años 60 y la “matriz nacional-católica desarrollada en la Argentina en las décadas de 1920 y 1930”.³²

Para esto identifica “un conjunto de nexos complejos”, tanto ideas tradicionales compartidas (el humanismo, la doctrina social y la “tercera vía”); como una “concepción de la acción” y un conjunto de instituciones ligadas al “integrista”.³³

En este marco general, el autor aborda el problema específico del vuelco a la lucha armada de grupos católicos a partir del concepto weberiano de “desencanto del mundo”, característico del ascetismo protestante. Para Donatello (idem: 90) “el desencanto conduce a una ruptura con cualquier elemento mágico o litúrgico del catolicismo para abrir la búsqueda hacia una mayor inserción en el mundo a través de actividades en un sentido racional: lo religioso se desplaza hacia lo político”.

³² El autor rechaza tanto la denominación “posconciliar” (ya que toda la iglesia lo es “al menos formalmente”, después del Concilio Vaticano II) como “de liberación” (ya que esta corriente teórica no habría sido un rasgo característico en el caso argentino). A la vez, destaca que no se trata de un mero “conjunto de formulaciones teológicas” sino una “amplia corriente social”: sectores de la Iglesia católica, como sacerdotes, órdenes religiosas y obispos; “movimientos religiosos laicos”, principalmente Acción Católica y sus organizaciones ligadas al ámbito estudiantil y obrero; “redes pastorales”, integradas por clérigos, como los “curas obreros”, el MSPM o las numerosas redes informales, constituidas a partir de sacerdotes individuales que funcionan como nexos entre diferentes grupos; y grupos no ligados institucionalmente a la Iglesia, abocados a la acción política con un “abánico de opciones político-religiosas” muy diversas, desde la DC hasta CyR (38-59).

³³ El integrismo habría llegado al país en los años 20’s, en el marco de la disputa “triangular” entre catolicismo, liberalismo y socialismo, y suponía tanto un conjunto de instituciones laicales concretas (como Acción Católica Argentina) que serían fundamentales en los 60s, como una concepción de la acción también perdurable y muy presente en esos años. Esta se caracterizaba porque no apuntaba a la “concentración de fuerzas”, sino a “una penetración en todas las instancias de la sociedad y el Estado. No a la creación de sindicatos, partidos y educación católicos, sino a católicos dirigiendo los sindicatos, los partidos y la educación.” (idem: 35).

En este desplazamiento, el peronismo constituía una “opción preferencial” ya que las “afinidades” preexistentes permitían considerarlo “un camino natural”.³⁴ A la vez, la elección de la lucha armada y, por ende, de una organización clandestina, sería fruto de una “afinidad electiva” plasmada, en el caso de Montoneros, en la representación de “comunidad de elegidos”, cuya “base sociológica” se encontraría en los intensos “procesos de selección” que muestran las “trayectorias típicas” (idem: 165-166).

El “ingreso” a la militancia católica se daba a través de las instituciones laicas, respecto de las que el autor destaca “el lema fundacional ver-juzgar-actuar de la ACA [que] tenía el claro objetivo de formar cuadros dirigentes. Por ende, estas actividades poseían también un significado objetivo: que las personas fueran elegidas.” (idem: 81).

En esta etapa de militancia “[e]l contacto con los otros pobres y su cotidianidad poseía los rasgos de la iniciación religiosa. Superados los primeros círculos, se penetraba en un mundo oculto e invisible. Práctica que asimilaba esta experiencia a las pautas de ingreso a las sociedades secretas: el acceso a lo vedado —la situación de pobreza, precarización y marginalidad— poseía rasgos análogos al ingreso a un mundo prohibido. Por ende, el sentimiento de ser elegido se profundizaba” (idem: 84).

La siguiente etapa se caracterizaría por una “salida al mundo” y el mencionado “desencanto profundo que suponía el choque con la realidad cotidiana y con las organizaciones católicas dispuestas para cada ámbito”. En este marco, el ingreso a Montoneros poseía un “carácter catártico”, ya que respondía “a una demanda tanto individual como grupal de coherencia vital”. A la vez, el ingreso o encuadramiento suponía “ser convocado”, “independientemente de la voluntad de participar o de las adhesiones y simpatías” (idem: 88, 109).

En este sentido, las acciones de los fundadores de Montoneros eran un “ejemplo a imitar” por su “capacidad de síntesis simbólica”. Por esto, el ingreso reforzaba la actitud de “sentirse elegidos” asociada a la militancia católica. A la vez, en un sentido más amplio, Donatello señala que en el mar-

³⁴ El marxismo, en cambio, era “difícil de digerir”, tanto por el conflicto de largo plazo como por la dificultad que suponía, habiendo salido de “una estructura como la Iglesia católica”, “construir una comunidad de elegidos en otras Iglesias, como el Partido Comunista o su homólogo socialista”. En este sentido, “el peronismo imaginado más allá de Perón poseía en esa época una indefinición que lo hacía homologable al también difuso espacio del cristianismo unos siglos antes [XVI y XVII]” (2010: 91, 139).

co de un “imaginario de ascenso social propio de un país de inmigración reciente”, “ser montoneros traía éxito social”, ya que era “una forma de ser socialmente escogidos” (idem: 128-129, 132).

Esta interpretación de los orígenes de Montoneros aporta una visión original de la especificidad que supone la experiencia previa de los primeros militantes en el ámbito católico, así como un enfoque teórico que subraya que las experiencias concretas de los actores no sólo “construyen” el sentido de las ideas, sino también las “formas de hacer” a partir de las cuales las ponen en práctica.³⁵

Por otra parte, es notable la continuidad con los trabajos clásicos en su interpretación de la trayectoria de los Montoneros, que concuerda con la visión que consideramos problemática a causa de su carácter estático.³⁶

Así, para el autor, si bien discursivamente tanto la conducción como los militantes “iban adecuándose a la vertiginosa velocidad de los acontecimientos, gran parte de sus elementos originales permanecían” (idem: 143).

La interpretación se centra en dos momentos: la “paradójica” decisión de mantener estructuras clandestinas después de 1973; y lo que denomina, siguiendo a Wiewiorka (1993) “proceso de inversión” a partir del regreso a la clandestinidad.

En relación al primer punto, para Donatello “si bien sus miembros salían formalmente de la clandestinidad, de facto lo seguían estando”, ya que “se siguió manteniendo una estructura clandestina y un frente legal de masas”. Esto era una “búsqueda de apoyarse en instancias legales para participar en

³⁵ Esta interpretación sirve al autor para explicar un rasgo destacado especialmente por Ollier, el “pragmatismo”. Para Donatello los Montoneros se caracterizarían por “su carencia de una ideología y un programa claramente definidos” y porque “su autodefinición y la demarcación de sus enemigos”, variaba de acuerdo a “las necesidades coyunturales”, las “condiciones percibidas como objetivas en función de la dinámica política”, es decir “las adhesiones o rechazos que la organización político-militar podía cosechar dentro y fuera del peronismo” (idem: 117, 119-120).

³⁶ A pesar de la interpretación original, su caracterización de la trayectoria no difiere de las ya mencionadas: en los primeros años destaca la progresiva subordinación de la “tendencia revolucionaria del peronismo” que se convierte en el frente de masas de Montoneros con el nombre de JP Regionales; luego destaca la decisión, que encuentra “paradójica”, de mantener estructuras clandestinas después de 1973; y por último el “militarismo”, “aparatismo” o “burocratismo” de la fase final. Tampoco lo hace su caracterización del discurso de Montoneros, como centrado en la dicotomía peronismo-antiperonismo, en la oposición (concebida como “guerra integral”) entre el “ejército popular” y el “ejército de ocupación” (idem: 117, 122-123).

la política democrática”³⁷ y constituiría una “negativa a constituirse en una corriente interna” en el movimiento peronista.

La única explicación posible sería que la incorporación al peronismo no se produce “como una fracción más” sino como “una estructura clandestina” que debía permanecer oculta para conservar su carácter de “secta”, es decir de “comunidad de elegidos” (Donatello, 2010: 115-116).

Esta decisión, para la cual “no mediaban razones legales —al menos hasta las reformas realizadas en el Código Penal a principios de 1974”, no podría atribuirse a que existieran otras organizaciones que siguieron siendo clandestinas, ni al enfrentamiento interno en el peronismo ya que en otros casos eso sí habría ocurrido, como el 26 de julio cubano o el FSLN nicara-güense (idem: 112, 115).

Este argumento para descartar explicaciones alternativas resulta difícil de aceptar ya que la comparación entre la situación argentina de 1973 y la de esos casos, en los cuales hubo un proceso en el cual el acceso al poder de fuerzas revolucionarias no es fruto de un proceso electoral sino de la guerra de guerrillas.

También es problemática su interpretación de las transformaciones posteriores a partir del concepto de “proceso de inversión”. Donatello señala que éstos se caracterizarían por la autonomización de las “ramas militares de los movimientos sociales” que se convierten en “copias degradadas” de sus adversarios (idem: 160). Para el autor, en Montoneros el proceso de inversión habría supuesto una exacerbación de “su carácter de comunidad de elegidos”, que los llevaría a dejar de ser una “secta” para convertirse en “Iglesia”. Esto suponía, entre otras cosas, un “salto organizativo” que “implicaba lógicas de diferenciación que sólo podían coordinarse desde una autoridad centralizada, jerárquica y, análogamente al mundo católico, infalible” (idem: 137, 154, 156).

Como dijimos, Donatello toma el concepto de “proceso de inversión” de Wieviorka (1993). Sin embargo, existen algunas diferencias en el uso del mismo que cabe destacar. Para Wieviorka la “inversión” es “una alternativa entre otras, en el desarrollo organizativo” de los “movimientos contestatarios”. El autor subraya el carácter no inevitable de la “inversión” incorporando el análisis de movimientos con ramas militares que no experimentarían este tipo de procesos, como en Irlanda o Palestina.

³⁷ Luego del regreso a la clandestinidad se plasma en iniciativas como el Partido Peronista Auténtico (2010:145)

En Donatello, en cambio, encontramos claras referencias a la inevitabilidad. Por ejemplo, el autor afirma que el proceso de “autonomización de las cúpulas” sería “una tendencia común a los distintos movimientos sociales de buena parte del siglo XX”; y que el desarrollo organizativo ligado a la lucha armada “requería una configuración en la que, dadas las experiencias de la época, la especialización y la centralización generarían una matriz que tenía como modelos y referencia a la Iglesia católica, las FF.AA. o los partidos políticos nacionales.” (2010: 137, 157).

De manera similar, su conclusión es que aspectos como “el militarismo, el aparatismo o el burocratismo eran inherentes a la conformación político-militar clandestina” y por ende eran consecuencia de un “hecho originario: la necesidad de construir una organización político-militar clandestina, que se planteaba como horizonte una guerra integral a los poderes establecidos.” (idem: 143).

Estas diferencias remiten nuevamente a una concepción fuertemente estática de la trayectoria de Montoneros, en la cual todo su devenir aparece no sólo condicionado, sino casi determinado por los “orígenes”.

En síntesis, ambos autores plantean hallazgos e interpretaciones novedosas respecto de una cuestión clave planteada por los primeros trabajos: los orígenes.

Más allá de los aportes que ambos autores hacen a ese problema específico, el trabajo de Lanusse se distingue por abrir interrogantes que permiten discutir lo que denominamos visión dominante. Su identificación de una heterogeneidad conflictiva en las posiciones de los grupos fundadores respecto de aspectos claves de la estrategia de la organización, evidencia que esas definiciones no pueden explicarse exclusivamente a partir de la trayectoria previa (en la que podemos incluir tanto la ideología de los grupos de pertenencia como las redes de sociabilidad) o los orígenes de clase, ya que éstos eran compartidos por todos los grupos.

Esto lleva a pensar en un aspecto poco presente en los análisis existentes: los procesos relacionados con un trabajo propio de toda organización política, que supone la búsqueda de cambiantes estrategias que permitan alcanzar los fines ideológicamente definidos en contextos históricamente definidos a los que es preciso adecuarse.

Como demuestra Lanusse, la constitución de Montoneros como organización de alcance nacional es posterior a su aparición pública con el secuestro y “ejecución” de Aramburu. Esto supone que las decisiones iniciales (“prágmáticas”, claves para el “éxito”) no pueden entenderse como la expresión de ciertos rasgos ya definidos de antemano, sino que son el resulta-

do de un proceso de confluencia de grupos con características diferentes y hasta conflictivas en una única organización.

4. Conclusión: interrogantes abiertos

En primer lugar, respecto de los orígenes, las investigaciones recientes de Lanusse y Donatello han permitido avanzar muchísimo en el conocimiento de los primeros años en lo que refiere a los “grupos fundadores” y sus trayectorias previas en el ámbito del catolicismo.

Sin embargo, en relación al problema de la adopción de una identidad peronista y, más aún, el de la efectiva inserción en el movimiento peronista, los importantes desacuerdos ya mencionados no sólo permanecen abiertos sino que se han profundizado.

Para comprender tanto esas diferentes posiciones como la especificidad de la postura finalmente adoptada por Montoneros, es fundamental indagar con mayor profundidad los debates entre los diferentes grupos que integran la llamada IP. Como permiten ver los análisis de Ollier y Lanusse, la complejidad de estos debates excede la caracterización “movimientista”/“alternativista” inicialmente propuesta por Gillespie.

También en relación a estos primeros años, cabe señalar que si bien en todos los casos la Juventud Peronista ocupa un lugar importante en los argumentos, hay una marcada indefinición, tanto en lo relativo al vínculo entre Montoneros y la JP, como a la caracterización de esta organización.³⁸ En este sentido, sería importante profundizar el conocimiento empírico antes de alcanzar una interpretación satisfactoria, ya que al margen de los contactos y alianzas de 1970-1971, a partir de su relación con la JP y la posterior participación en las movilizaciones de 1972-73, Montoneros no sólo adquiere una importante inserción territorial, sino también un claro reconocimiento público por parte de Perón de su pertenencia al movimiento.

Respecto de la trayectoria posterior a 1973, identificamos un tercer interrogante compartido por las investigaciones: la llamada “militarización”. Al respecto, señalamos la existencia de una interpretación que caracterizamos como estática, ya que atribuye la intensificación de la violencia a una orga-

³⁸ Sigal y Verón los asimilan sin más detalles; Gillespie habla de “encolumnamiento”; Ollier de “fusión”; Moyano de “maniobras” y engaños; Donatello distingue entre la “Tendencia revolucionaria” y la JP “Regionales”.

nización que, siempre igual a sí misma, reacciona ante los cambios en el contexto.

En este sentido, recurrimos a los aportes de Della Porta (1995) y Wiewiorka (1993) para destacar la importancia de incorporar al análisis de la violencia política su carácter dinámico y, en especial la existencia de dinámicas recurrentes (no inevitables) que llevan a las organizaciones que utilizan la violencia política a incrementar el recurso a la misma.

Más allá de sus enfoques teóricos y las preguntas específicas, los trabajos de Moyano (1995) y Lanusse (2005) plantean interesantes avances en dirección a tomar en cuenta ese carácter cambiante de Montoneros en particular y de las organizaciones armadas en general.

En el primer caso, más allá de los problemas ya señalados tanto del “rational choice”, como del argumento de la “correlación”, es interesante su hallazgo empírico de la persistencia de la movilización social después de la apertura democrática y del incremento de la violencia represiva como respuesta a la misma y como previa a la “militarización”.

Por una parte, esto respaldaría el relato de Gillespie, en el cual la “militarización” no sólo es fruto del “fracaso” político, sino también del incremento de la violencia represiva. Por otra, descartaría una relación causal tan directa como la propuesta por Ollier, entre la democratización y el incremento de la violencia. Asimismo, sitúa el “estallido” de violencia que sigue a la muerte Perón en un marco que excede al planteado por Sigal y Verón.

Además del enfrentamiento “especular” entre la izquierda y la derecha peronistas, hay un sostenido conflicto social al cual responde una creciente violencia paramilitar.

Por último, como se dijo, el trabajo de Lanusse (2005) lleva a destacar un aspecto poco presente en los análisis sobre Montoneros: los procesos de elaboración política de las premisas ideológicas que subyacen a la cambiante “línea política”, es decir el conjunto de iniciativas impulsadas en un momento dado así como los discursos que las acompañan y explicitan los objetivos inmediatos y últimos.

Con su reconstrucción del carácter paulatino y conflictivo de la construcción de una organización unificada, el libro permite también destacar que esa práctica cotidiana no sólo es inseparable de la interacción y necesaria adecuación al medio en que se actúa sino también de dinámicas organizativas, por las cuales la “línea” política también responde a cambiantes tensiones y equilibrios de poder internos.



Bibliografía

- BASCETTI, Roberto (comp.) (1997) *Documentos 1973-1976. De Cámpora a la ruptura*, La Plata, De la Campana.
- CAVIASCA, Guillermo (2005a) “Arturo Lewinger y los orígenes de las FAR”, en revista *Lucha Armada en Argentina*, Año 2, Nº 6.
- CAVAROZZI, Marcelo (1983) *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*, Buenos Aires, CEAL de Ipola (1981).
- DE RIZ, Liliana (1986) *Retorno y derrumbe*, Hyspamerica, Bs. As.
- DONATELLO, Luis Miguel (2010) *Catolicismo y Montoneros. Religión, política y desencanto*, Manantial, Bs. As.
- ESQUIVADA, Gabriela (2004) *El diario Noticias. Los Montoneros en la prensa argentina*, Facultad de Periodismo y Comunicación Social. UNLP.
- GILLESPIE, Richard (1987) *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Grijalbo, Bs. As.
- GODIO, Julio (1986) *Regreso, soledad y muerte*. Hyspamerica, Bs. As.
- GONZÁLEZ CANOSA, Mora (2007) “En torno a los orígenes de las F.A.R. (Fuerzas Armadas Revolucionarias). Una revisión de la escasa bibliografía sobre el tema y algunas líneas de análisis para su indagación”, ponencia presentada en las *XI° Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Tucumán, 19 al 22 de Septiembre.
- HENDEL, Verónica (2007) “Siguiendo la huella. El Movimiento Agrario de Misiones (1971-1976): Una nueva mirada”, ponencia presentada en *XI Jornadas Interescuelas/ Departamentos de Historia*. Universidad Nacional de Tucumán.
- HOROWICZ, Alejandro (2005) *Los cuatro peronismos*, Edhasa, Bs As.
- LANDI, Oscar (1979) “Argentina 1973-1976: la génesis de la nueva crisis política”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLI, vol. XLI, Nº 1, Instituto de Investigación social, UNAM, México, en-mar.
- LANUSSE, Lucas (2005) *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, Vergara, Bs. As.
- LORENZ, Federico (2007) *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del setenta*, Norma, Bs As.
- LUNA, Nicolás J.; GÓMEZ, Analía; VERDÚN, Carlos y Berezan, Javier (2007) “La Juventud Peronista en Luján”, en revista *Lucha Armada*, Año 3, Nº 8.
- MONTERO, Ana Soledad (2008) “Héroes, ortodoxos, disidentes o traidores. Los avatares de la Juventud Peronista Lealtad (1973-1976)”, en Red Interdisciplinaria de Estudios sobre Historia Reciente (RIEHR). Red Interdisciplinaria de Estudios sobre Historia Reciente: RIEHR, 2008, obtenido en http://www.riehr.com.ar/archivos/Investigacion/Publicacion_RIEHR_Montero_Ana_Soledad%5B1%5D.pdf
- MOYANO, María José (1995) *Argentina's lost patrol. Armed struggle 1969-1979*, Yale University Press, New Haven and London.
- OLLIER, María Matilde, (1986), *El fenómeno insurreccional y la cultura política, 1969-1973*, Bs. As., CEAL [en OLLIER, María Matilde (2005) *Golpe o revolución. La violencia legitimada, Argentina 1966-1973*. Caseros, Universidad Tres de Febrero].
- ROBLES, Horacio B. (2008) “La Juventud Peronista platense. Desde los orígenes hasta la primera etapa barrial (1957/69)”, 3^{ras} Jornadas sobre la política en Buenos Aires en

- el siglo XX, CISH, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, La Plata, 28 y 29 de agosto.
- ROBLES, Horacio B. (2009a) “La Plata en las vísperas montoneras: una reconstrucción de las condiciones sociales y políticas de la masificación y radicalización política de la JP platense y su articulación con Montoneros (1970-72)”, ponencia presentada en las III Jornada Académica “Partidos Armados en la Argentina de los Setenta”, 24 de abril, Centro de Estudios de Historia Política, Escuela de Política y Gobierno, Universidad Nacional de San Martín.
- ROBLES, Horacio B. (2009b) “Los barrios montoneros: Una aproximación a las unidades básicas y la militancia de la Juventud Peronista articulada con Montoneros en la ciudad de La Plata. (1972/74)”, ponencia presentada en las XII° Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia, Bariloche.
- RODRÍGUEZ, Laura Graciela (1999) *Los jóvenes radicalizados: el caso del peronismo de izquierda en Misiones 1966-1976*, FLACSO, Bs. As.
- SALAS (2008) “Del foco a la infección. Montoneros y los movimientos sociales”, ponencia presentada en las Jornadas de Partidos Armados.
- SALAS, Ernesto (2006a) “El errático rumbo de la vanguardia montonera”, en revista *Lucha Armada*, Año 3, N° 8.
- . (2006b) “Walsh y la conducción de Montoneros”, en revista *Lucha Armada*, N° 5, febrero/abril.
- SALCEDO, Javier (2009) “Montoneros de Moreno. Orígenes; integración y tensiones”, ponencia presentada en las XII° Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia, Bariloche.
- SEMINARA, Luciana (2006) “Bajo la sombra del ombú. La experiencia de Montoneros José Sabino Navarro. Historia oral y memoria”, Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, Escuela de Historia.
- SIDICARO (2002) *Los tres peronismos*, Siglo XXI.
- SIGAL, Silvia y VERÓN, Eliseo (1986) *Perón o muerte. Las estrategias discursivas del fenómeno peronista*, Legasa, Bs. As.
- TARROW, Sidney (1994) *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza. Madrid.
- TORRE, Juan Carlos (2004) *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*, S XXI, Bs. As.
- WIEVIORKA (1993) *The making of terrorism*, The University of Chicago Press.
- WEISZ (2008) “Partido armado, partido y movimiento”, ponencia presentada en las Jornadas de Partidos Armados.